

nández de Castro se detiene "en el límite donde termina el poder y su discurso, su ciencia, su orden, y donde todo puede adquirir un nuevo sentido, porque todo es caos, infinitas secuencias de posibilidades diferentes, donde la teoría tiene que adentrarse para reconocer entre ellas la utopía revolucionaria, la práctica de sobrevivir sin renunciar al placer, la economía de la satisfacción, el ecosistema de la especie".

El libro no trata de establecer conclusiones, sino de iluminar premisas. No llega a asomarse al campo de las alternativas. Ello no obsta para que sea valorado como una aportación válida a la crítica del poder, en la que se centra, y de su sutil impregnación ideológica de los mecanismos de enseñanza. ■ FELIX SANTOS.

Relatos de los mares del Sur

NO dejaba de tener atractivo para el hombre blanco los mares del Sur. Estaban lo suficientemente lejos de la "civilización" como para ser un buen refugio. En aquel tiempo del siglo XIX, el occidental, con un pasado que olvidar o un futuro que labrarse y con el inevitable mínimo afán de aventuras, acababa recalando en una de las innumerables islas exóticas de Polinesia.

Aquellas tierras estaban lo suficientemente vírgenes como para dar una oportunidad al occidental que supiese aprovecharla. Uno podía rehacerse totalmente, volver a ser un hombre íntegro o, por el contrario, hundirse definitivamente. Salir a flote dependía todavía de la voluntad de uno mismo.

Aquejado de una grave enfermedad pulmonar, un inglés, uno más de aquellos hombres blancos que abundaban, intentó, en los últimos años de su vida, olvidar su falta de salud, recorriendo isla tras isla. Se llamaba Robert Louis Stevenson y los indígenas que, por supuesto, no habían leído aquellas narraciones que nos hace hoy inolvidable su persona, bien pronto le calaron. Le conocían por "Tusitala", el que cuenta historias. Stevenson, con la vista puesta en el mar que amó, murió allí, en sus islas, en 1894. Y allí está enterrado.

El, que había escrito tantos relatos, todavía tuvo fuerzas, antes

de morir, para escribir una última historia, esta vez en colaboración con su hijastro, Lloyd Osbourne. Tuvo varios títulos hasta encontrar el definitivo: "Bajamar" (1).

Cuatro años tardaron padre e hijo en acabar esa historia de tres fracasados, al que el destino les da la oportunidad, si saben

(1) Libros Hiperión, Peralta, Madrid-Pamplona, 1979, traducción y notas de Ramón García Fernández.

aprovecharla, de rehacer sus vidas. Sólo uno, el "más" protagonista de los tres, saldrá triunfante en la empresa.

El escenario de la novela son los mares del Sur; los canacos, los habitantes de las islas, son la comparsa; en primer plano, el hombre (blanco) ante su destino. El que se esfuerza, triunfará; el que no, se hundirá. Mientras que escribía "Bajamar", Stevenson pensó que no valía la pena. La acabó, la releyó y le pareció ex-

celente. Dijo de ella: "Quedará a mitad de camino entre 'El doctor Jekyll y mister Hyde' y 'La isla del tesoro'". Pero, el lector, admirador de Stevenson, con el recuerdo impercedero de estas dos grandes novelas, se sumerge en "Bajamar" demasiado confiado. E, impresión personal, sale un tanto decepcionado. La sed de aventuras esperadas no queda del todo saciada, aunque no acaba nunca "Bajamar" de dejar de interesar.

ADIÓS A LAS LETRAS

Lunes ya no es lunes

ANTES, uno se despertaba los lunes con el exabrupto de Carmen Martín Gaité.

Ella miraba desde el fondo de la miopía que disimula, se levantaba sobre la frente el pelo blanco de su particular cabeza y lanzaba a favor del lector todo lo que contra él tenía.

Era la suya una literatura de lunes. El lunes jamás volverá a ser igual sin ella. Y es un asunto serio. Chocaba contra todas las convenciones del lunes: la suya no era una crítica literaria de carácter quinielístico, porque no escribía para apostar.

Escribía para estar, para decir dónde estaba. Era como el farol rojo en medio del océano de palabras convencionales que se escribe el resto de esta semana de domingos que uno vive permanentemente.

En solidaridad se ha ido. Su despedida ha sido la de una escritora, porque se ha ido en solidaridad.

Resulta que ella llevaba la crítica literaria —los lunes, he querido decir— del periódico cotidiano *Diario 16*, desde que este medio empezó a publicarse hace tres años. Hubo problemas empresariales y, como siempre ocurre, el empresario decidió que había que cercenar la cabeza del periódico.

En ese trance cayó Miguel Ángel Aguilar. Todos le homenajearon; recordaron viejos tiempos juntos; le ofrecieron la llamada de la admiración final. Pero había que seguir viviendo. En esto, la autora de *El cuarto de atrás* se soltó las ataduras y se dijo ¡qué val, yo también me voy.

Por ese sistema en el que la empresa pone el grano de arena que es preciso para acabar de

complicar el engranaje de la vida, España ha perdido una de las mejores críticas literarias que se ha merecido últimamente.

Como este es un país que llora sólo cuando no se merece el llanto, ahora estarán llorando esta falta. Pero da la impresión de que a Carmen la cuestión le tiene sin cuidado.

Parece tan tensa y todo da la impresión de tenerle tan sin cuidado. La vi un día llorar para decir que no era de este mundo, que a ella no la compraba ni la coca-cola de la edición multinacional. Y se tocaba entonces con el bordado oscuro de una mantilla española. Lo suyo es decirlo todo pareciendo que pide perdón por decirlo.

Muchos de sus criticados habrán respirado tranquilos. Pero en cualquier momento puede resurgir. Lo suyo es despedirse y volver, al contrario que Neruda, que prefería amar y despedirse. Carmen es al contrario: despedirse en su forma de amar. ■ SILVESTRE CODAC.

Carmen Martín Gaité.

